

Elena Asins

LOS NOMBRES Y LAS COSAS

Cuando el pictograma comenzó, seguramente la idea de la indisolubilidad de tiempo y espacio tomaron cuerpo.

Toda delimitación en el espacio, toda construcción en el espacio comporta una inclusión de tiempo.

El tiempo debe considerarse como una cualidad del espacio, una especie de dimensión.

Por tanto, es absurdo afirmar a priori que el pasado, el presente y el futuro pueden estar inscritos en un monumento, una pintura, un jeroglífico. Pero la interpretación sólo es posible a condición de que el intérprete de tales inscripciones sea tan sabio como el que planteó el problema.

Frente al enigma que estas obras nos brindan, un enigma como resultado de su propia sencillez, lo más difícil suele ser lo más evidente; la secreta asociación interior entre figura y palabra exige del espectador un accésit, al que por lo general se está poco acostumbrado, por lo inhabitual.

Se trata de la creación de un mundo al que se le otorgan nombres, con un vocabulario restringido, un mundo descubierto a través de percepciones, ideas y emociones, un mundo inacabado y poético, que nunca tendrá punto final porque, como la vida, como el lenguaje, está en constante crecimiento y metamorfosis.

El tiempo es aquí como el pensar, un fluido que no necesita solidificarse, sino que vuelve a engendrarse a sí mismo por medio de transformaciones y cambios, en los cuales la naturaleza sirve de idea fundamental a la naturaleza de la obra.

Más que de asociaciones o ilustraciones podríamos hablar de la aplicación de un nombre a lo representado, fijando así a posteriori con el lenguaje lo que ya había sido ideado pictóricamente. Esta fijación equivale pictográficamente a la reflexión. No hay entonces un concepto estético, idealizado, del arte clásico, sino una búsqueda de culturas milenarias, que en su hacer pictográfico metamorfosean, impelidas por la necesidad de creación y uso y comunicación, la manifestación del cambio permanente. Al mismo tiempo, la aplicación de los nombres de las cosas supone una toma de conciencia con respecto a la obra creada y al mundo en derredor. Pienso que se da en la obra de Ela Wozniowska una creación preconceptual en que los pensamientos se forman en el acto mismo del hacer plástico.

Las pinturas nacen aquí como un seguro de energía, en un aquí y un ahora que remiten al pasado, a la creación de la escritura, del lenguaje hecho signo y significado, y también significante, de su propio contenido. El dibujo, por ello, abarca los tres tiempos –pasado, presente y futuro– y no se detiene a fijar el momento aparente.

Su valor no reside en la supuesta belleza de las proporciones, en el ideal de una imagen, sino en la precisión con que se plasma la energía de las anotaciones, que cristalizan los nombres de las cosas, las ideas, los ideales y las emociones y percepciones.

En la medida en que la artista se entrega a través de su obra al acto imaginativo está trabajando con la noción causa-efecto, y el azar es para ella solamente una ley desconocida.

Me parece que aquí tenemos un concepto antropológico del arte, que, por su amplitud de intenciones, no le permite quedarse estancado en el nicho meramente artístico; pero en la misma medida que investiga, que amplía intenciones y horizontes, se va despojando de su deliberado secreto, porque dar vida hierde y hace vulnerable, pues el dar como renovación supone siempre un morir.

De esta manera, pienso yo, estas obras representan menos una imagen que una visualización de las fuerzas de la génesis y de la muerte.

Elena Asins, 1997.